

CAPITULO XXI

Antes de partir

Eran las ocho de la mañana del siguiente día en que tuvo lugar la corrida de toros en que Duval fué sacado de la plaza por dos hombres que corrieron en su auxilio.

Una joven, vestida con un sencillo, pero elegante traje, amarillo claro, permanecía sentada junto a una ventana baja de altas rejas, que daba a una de las principales calles de Texcoco, a su lado tenía una preciosa jaula, dentro de la cual se encontraba un lindo y manso canario que se entretenía en acariciar.

Esta joven era Clotilde.

En su melancólico y pálido semblante, están impresas las tristes tintas que imprime esa afección profunda del corazón, que destruye lentamente la existencia de los que aman con toda el alma y ven contrariado su amor por invencibles obstáculos.

Clotilde estaba hermosa con aquella palidez y con aquella dulce tristeza que la consumía.

Era una bellísima flor, privada de los fecundantes rayos del sol, que languidecía en las sombras del retiro y de la soledad.

Temiendo por su vida, la habían llevado a respirar las brisas salutíferas de Texcoco; pero el ambiente que su amorosa alma necesitaba, era el que se desprende de la voz del objeto amado.

Por eso la presencia de Leopoldo el día anterior, en la concurrida plaza, la habían reanimado, como reanima a las nacientes flores el vivificante calor del astro rey del día; y por eso ahora que sabe que va a ausentarse, se inclina triste y afligida, como la blanca azucena sobre el tallo, al ocultarse el sol.

Se había colocado allí para ver pasar a su inolvidable Leopoldo, que en aquel instante debía salir de la ciudad, para dirigirse a México, donde lo esperaba impaciente y cuidadosa su anciana madre.

Así por lo menos se lo había asegurado por la noche a la hora de la cita.

Clotilde, por lo mismo, estaba triste.

Conocía que su amante debía cumplir con la obligación

sagrada que impone el amor filial, y sin embargo, no podía conformarse con su ausencia.

Cierto es que, para aquel mismo día había dispuesto don Emilio, con objeto de que se distrajese y divirtiera, un espléndido banquete de familia en el delicioso «Molino de Flores», pero, ¿cómo podría gozar ella, cuando le faltaba el sol de su existencia, cuando estaba separada de la luz de su esperanza?

Por fortuna, aquella natural y amorosa pena venía a embalsamarle un recuerdo reciente y dulcísimo que tenía de su amante. Un objeto que hacía pocos instantes había recibido de su parte: una prenda parlante que le aseguraba de su amor y de su felicidad.

Y esta prenda querida, este objeto de inestimable valor para ella, era aquel lindo canario que acariciaba tiernamente, y que Leopoldo lo envió, valiéndose de un criado de Pablo, en cuya casa se hospedó con Núñez al llegar, por haber llevado recomendación para el leal «ranchero».

Como hemos visto ya en uno de nuestros anteriores capítulos, a Clotilde se le había privado de los bellísimos cuadros hechos por Leopoldo, por haberlo dispuesto así el doctor Willey, con pretexto de que era preciso, en obsequio de la salud, quitar de vista los objetos que pudieran afectar su sensible corazón.

Por eso ahora, que ha recibido aquel presente del hombre que idolatra, lo contempla con profundo cariño y lo acaricia como un objeto que le hablaba a todas horas de su amor.

Y aquel objeto no se lo arrebatarían como le habían arrebatado los parlantes cuadros, porque nadie sabía que era una memoria de Leopoldo.

Sí, nadie podía sospechar que aquél fuera un recuerdo del sér cuya memoria no se apartaba un instante de su mente; pues para alejar toda sospecha, había dicho a don Emilio, que lo había comprado a un indio que pasaba por la calle.

Clotilde, pues, se creía feliz con aquel presente que reemplazaba el lugar a los bellísimos cuadros de que le habían privado.

¿Y cómo no creerse dichosa, cuando en aquella cariñosa avecilla que agitaba sus doradas alas leía todo el amor que encerraba en el firme corazón de Leopoldo?

No solamente en las flores, en las plantas, los árboles, las frutas, las piedras y los colores encontraban aquellos dos tiernos amantes la misteriosa manera de expresar los

puros sentimientos del alma, sino que también tenían en las aves, en los peces y en todo cuanto ostenta la naturaleza, el libro interminable en donde revelar sus más íntimos afectos.

Leopoldo tenía que ausentarse de Texcoco para volar al lado de su anciana madre, y antes de abandonar el pueblo en que dejaba el sér que adolatraba, quiso dejarle una prueba patente de que nunca la olvidaría.

Y Clotilde recibió aquel presente con el afán y placer con que reciben las flores el benéfico rocío que las reanima.

Porque en él manifestaba el hombre que hizo latir su corazón de amor, cuanto podía apeteer el alma apasionada de la joven.

Clotilde sabía que el canario simboliza la constancia y la galantería, y que regalado a una dama, entraña estas dulcísimas palabras: «Te amo y te amaré durante mi ausencia»; y si la obsequiada le enviaba en cambio, una cinta verde, le contesta: «Tened esperanza en mi constancia y fe.»

Clotilde, pues, tenía una nueva prenda de inestimable precio para su amante; prenda que podía acariciar continuamente delante de todos, sin que nadie comprendiese que leía en ellas los más tiernos juramentos de su amante.

Al recibir aquel obsequio, que envolvía un poema de dulces protestas de amor y de constancia, la joven no descuidó ni por un instante en corresponder dignamente a la demostración amorosa de Leopoldo, y tomando de su aromático costurero una brillante cinta verde, se la envió a su amante, envuelta en un perfumado papel expresándole en ella el dulcísimo concepto que hemos dicho: «Tened esperanza en mi constancia y fe.»

Clotilde tenía los ojos fijos en la tierna avecilla, y el pensamiento en Leopoldo.

No había ninguna otra persona a su lado, y por lo mismo podía entregarse a sus dulces reflexiones amorosas.

De repente oyó el ruido de pasos de caballos que se acercaban por la calle.

La joven dirigió la vista hacia el sitio en que aquél se escuchaba, y un vuelco dióle el corazón dentro de su pecho.

Eran dos arrogantes corceles, sobre los cuales venían montados gallardamente Leopoldo y Núñez.

Clotilde, cuyo corazón saltaba de placer y de temor dentro del pecho, se dispuso para hablar a su amante un momento y darle el triste adiós de despedida.

En aquel mismo instante se abrió la puerta de la pieza

en que estaba la joven, y se presentó don Emilio en el umbral.

La hermosa hizo un movimiento de sorpresa, se puso pálida como un marchito lirio, y volvió asustada la vista hacia su protector, creyendo que así evitaría que llegase a ver a Leopoldo.

Don Emilio quedó un instante en el umbral, dudando salir a la sala o volver a entrar, como acontece cuando se nos ha olvidado alguna cosa.

El paso de los caballos, entre tanto, se oía más cerca.

Clotilde estaba temblando.

Don Emilio dirigió la vista hacia la calle al escuchar el paso de los corceles.

Pero aun no llegaban enfrente de la habitación.

La joven padecía horriblemente, porque temía que sospechase su protector, que había salido a la ventana para hablar a su amante.

Leopoldo y Núñez estaban ya a dos pasos de la casa.

Las sombras de ellos se dibujaban ya en la ventana.

Don Emilio dió un paso hacia la sala.

Clotilde palideció.

Pero en el mismo instante volvió su protector el rostro hacia la puerta por donde se había presentado y desapareció por ella sin pronunciar palabra ni advertir nada.

Clotilde respiró con libertad.

En aquel momento, Leopoldo, acompañado de su leal amigo, llegaba enfrente a la ventana.

Sus ojos y los de la hermosa Clotilde se enviaron una de esas miradas que expresan todo el amor que cabe en el alma.

Leopoldo sintió inundarse de dicha su corazón al fijar la vista en el color del vestido de su amada, y ésta gozó de la satisfacción más pura al ver colocado sobre la ancha ala del sombrero parano del amante, un precioso ramito de hiedra entre verde musgo.

¿Por qué?

¿Qué le expresaba en aquel color que ostentaba su vestido, y en el ramito con que adornaba su sombrero?

¡Ah!, ella le decía en el color amarillo de su traje estas dulcísimas palabras: «Te amo con todas las veras de mi corazón.» Y él le expresaba este concepto en el ramito de flores de hiedra entre verde musgo: «Mi amor es constante.»

¿Y pueden desear más dos seres que se idolatran con todas sus potencias?

Leopoldo, satisfecho con aquellas protestas de amor del

ángel de su ventura, y temiendo que lo sorprendiesen si se aproximaba a hablarla, saludó afectuosamente, y dirigiéndole una mirada en que le enviaba todo el amor de su alma, se alejó con Núñez, volviendo con frecuencia la cabeza para ver a su amada que le siguió con la vista hasta que, haciendo otro saludo, desapareció al torcer la esquina de una calle.

—¡Ah! ¡Soy el más feliz de los hombres con su amor! —exclamó Leopoldo al perder de vista a Clotilde—. ¡Es la mujer más tierna y leal del mundo!, y sin embargo temo...

—¿Por qué?

—Temo por ese Duval que ha jurado oponerse a mi felicidad.

—Si usted le hubiera dejado morir ayer tarde en las astas del toro...

—¡Oh!, no: eso hubiera sido un crimen; yo debí salvarle por muy ofendido que estuviese, y lo salvé.

—Tiene usted razón: igual cosa hubiera hecho yo.

—¿Y dice usted que está enteramente bueno?

—Como que dentro de poco iré al día de campo que ha dispuesto don Emilio en el Molino de Flores. Todo no fué más que el golpe que le privó del sentido, pero que pasó en un momento.

—¡Oh!, le suplico a usted, Núñez, que vaya también al Molino de Flores. Temo todo de ese Duval, y quiero llevar el consuelo de que usted queda velando por Clotilde.

—Se lo prometo a usted.

—Yo me quedaría; pero mi anciana madre se moriría de tristeza si estuviese más tiempo ausente de su lado.

—No: vaya usted a cumplir con los deberes de buen hijo, que yo me quedo aquí para cumplir con los del leal amigo.

—Y si viese usted que la enfermedad de Clotilde, esa afección del pecho, originada por la intensa pasión con que corresponde al mío, toma creces y dimensiones aun más alarmantes que las que hoy presenta, avísemelo usted, amigo mío, avísemelo usted para que, al menos, tenga la dicha de estar en el mismo pueblo donde ella padece.

—Lo haré así.

—Esas enfermedades del corazón no postran en el lecho, pero acaban lentamente con la vida, y yo temo por la de Clotilde, que tan en peligro la veo.

—Pues yo tengo fe en que recobrará su salud, y que Dios premiará tantos sufrimientos.

—Eso sería para mí encontrar en el mundo las delicias de la gloria.

En esta conversación llegaron hasta fuera de la población.

Allí se detuvieron los dos amigos para despedirse.

Leopoldo volvió a encargarle a Núñez que velase por la seguridad de Clotilde, y después de darle la mano con el afecto más íntimo de gratitud, tomó el camino con dirección a México, y Núñez retrocedió a Texcoco.

En aquellos mismos instantes, don Emilio que, como hemos visto, había marchado de la sala sin haber pasado el umbral de la puerta, se presentó de nuevo en la sala, y dirigiéndose a Clotilde, le dijo:

—Se me había olvidado mandar preparar algunas cosas, y por eso marché antes sin hablarte.

—¿Y ha dado usted las instrucciones a los criados?

—Todas, y sólo falta que tú te dispongas para que partamos lo más temprano posible.

—Yo estoy pronta para salir cuando usted disponga.

—¿Y te sientes mejor, hija mía?—le dijo don Emilio acariciando entre sus manos las de su tierna protegida.

—Sí, querido padre.

—¡Hoy sí; en tu fisonomía veo más animación..., más alegría...! ¡Y cuánto me alegro de ese feliz cambio! ¡Ah!, estoy seguro de que la vista del Molino de Flores y el aire puro que allí se aspira, devolverán la dulce respiración a tu pecho, y la alegría a mi corazón y al de Inés.

—Lo deseo para tener la dicha de ver a ustedes tranquilos.

—Y confío en que lo estaremos, porque desde que llegamos a Texcoco, se advierte en tu salud una notable mejoría: tu tos, esa funesta tos que nos alarma, ha sido menos continua, y ha estado acompañada de menos sangre.

—En efecto; he sentido algún alivio.

—En las enfermedades, el ligero alivio es el preludio total de la salud. Los males, hija mía, se presentan de repente como las tempestades, y una ligera estrella que aparece entre las negras nubes, es el feliz anuncio de un sereno cielo.

Clotilde conocía perfectamente que lo que su protector atribuía a la influencia del clima y de los aires de Texcoco, no era sino los efectos causados por la satisfacción del alma.

La vista de Leopoldo y sus juramentos de amor, habían reanimado su espíritu abatido; pero juzgó que era conveniente mantener a don Emilio en el error de conceder al

clima los buenos resultados operados en su salud, y apoyó su idea.

—Ya ves si hacías mal en resistirte, hija mía, a este viaje dispuesto por el entendido doctor Willey.

—¡Qué quiere usted! ¡Me gustan tanto el retiro y la soledad!

—Retiro y soledad que te mataban; pero aquí es preciso que hagas ejercicio, que te distraigas, y para empezar, iremos dentro de un instante al Molino de Flores.

—Cuando usted guste, padre mío.

—Voy a ver si está dispuesta Inés, a ordenar que esté listo el coche. Adiós, hija mía, no tardo en volver.

Y don Emilio, después de acariciar una de las manos de la joven entre las suyas, salió de la sala para dar sus órdenes de marcha.

Clotilde agradecía con todas las veras de su alma todo aquello que se hacía únicamente por ella, por distraerla, por volverle la salud, y sólo por corresponder a las pruebas de cariño de su protector, se prestaba a abandonar su soledad y su retiro.

Era un sacrificio el que hacía; pero aquel sacrificio era el único precio con que podía pagar la deuda de tantos cuidados y favores como le habían dispensado desde la infancia.

Media hora después de haber salido don Emilio a dar sus órdenes para el viaje, todo estaba dispuesto, y el coche, tirado por cuatro caballos, estaba esperando en la puerta de la calle.

Una criada entró a decir a Clotilde que la esperaban, y la joven, encargando el cuidado de la tierna avecilla en que veía la manifestación de Leopoldo en su ausencia, y después de acariciarla conmovida, salió tristemente, enviándole desde la puerta su última mirada.

Pasado un instante, Inés y la hermosa Clotilde entraban en el carruaje.

Don Emilio, Duval, el doctor Willey y algunos criados, montados en briosos corceles, se colocaron detrás del coche para custodiarlo.

Poco después, el carruaje partió hacia el Molino de Flores, seguido de las personas que dejamos indicadas.

CAPITULO XXII

El Molino de Flores

A distancia de legua y media de la ciudad de Texcoco, rica en históricos recuerdos y émula digna de la antigua Atenas, en medio de alegres y pintorescas colinas, que parecen desvanecerse en el horizonte dulce y suavemente, proyectando caprichosas y flotantes nubes de brillante esmeralda, se encuentra reclinado, a la sombra de copudos y elevados fresnos, como una amorosa tímida gacela que busca en la verde espesura de los bosques su reposo, el risueño y poético Molino de Flores, encerrado en un círculo de grama y de verdura, como un ramillete de fragantes rosas en una elegante taza de Persia, esmaltada de oro y de exquisitas perlas.

Hasta no hallarse próximo a este delicioso punto, nada indica a los viajeros la existencia de las bellezas naturales que atesora; pero cuando la distancia es menos larga, se presentan a la vista como brotadas del fondo de la tierra, las blancas azoteas del molino, cuyo edificio parece elevarse al cielo, a medida que el viajero avanza, llevando debajo un campo de árboles y flores, como un inmenso globo se eleva suavemente sosteniendo en su base la elegante canastilla en que marcha el atrevido aeronauta.

Inés y Clotilde asomaron la cabeza por la portezuela del coche para poder admirar el bellissimo panorama que se describía a su vista.

Poco después, atravesaron un ligero río; dejaron a la izquierda un bosque, y pasado un breve tiempo, penetraban en el largo y espacioso patio del edificio del Molino.

Don Emilio desmontó del caballo, y lo mismo hicieron Duval y Willey entregando los corceles a los criados.

Clotilde, temiendo que alguno de los dos últimos le ofreciese el brazo, suplicó a Inés que bajase del coche antes de que se acercaran, y apoyándose en su brazo, echó a andar, lenta y débilmente, hacia los jardines de aquella poética mansión.

La joven y cuantos la acompañaban, quedaron absortos de admiración ante el magnífico y sorprendente espectáculo que presentaba allí la fecunda naturaleza.

Y tenían razón para maravillarse.